


ca ara, cada corazón, en una sola misa, la de la conciencia en cada cual, cada uno su sacerdote y su ministro. Así será la religión futura.

Recojamos oportunamente estos párrafos de la circunspecta escritora Graziella Garbalosa, de la Habana, quien en uno de sus amenos artículos de crónicas sobre el nacimiento colonial del Teatro en Cuba y su desarrollo hasta hoy, da esta mirada al porvenir, que puede ser profética: «Durante la divina juventud de Grecia el pueblo gustó de fabricar sus expansiones ideológicas: la danza y la poesía se unieron para despertar el entusiasmo por las virtudes nacionales, exitando la anatematización de los vicios, fuera de la monotonía rutinaria de los templos, *donde los sacerdotes eran los únicos histriones*».

«Ante esas deducciones, predijo sin gran esfuerzo que el teatro futuro será religioso. ¿Cuál será su religión? Yo deseo vislumbrar que el archipiélago de las Antillas desempeñará un papel importantísimo en las artes y el intercambio comercial del porvenir».—DR. MODESTO CHÁVEZ FRANCO.

 <https://doi.org/10.29393/At182-14HSRT10014>

EL HOMBRE Y LA SOLEDAD EN LAS TIERRAS MAGALLÁNICAS, por  
*Domingo Melfi*.—Ediciones Atenea, 1940

El conocido escritor argentino Ricardo Tudela, ha enviado al autor del libro sobre las regiones magallánicas el siguiente juicio:

Señor Domingo Melfi D.

Admirado escritor y amigo:

He recibido su reciente libro «El hombre y la soledad en las tierras magallánicas». Le agradezco muy de veras ese obsequio.

Conocía ya algún capítulo, aparecido en «Atenea»—le leí en mi estada en Chile—, pero el libro cobra ahora, al valorarlo en su integridad, un aliento orgánico y un fuerte sentido de América que lo hacen hermoso y viril, conforme exigen el tema y los personajes que mueve.

Lo que primero adquiere categoría en nuestra emoción es el paisaje austral—o los paisajes, porque sus páginas dejan «entrever» que son varios—, que despliega su pluma con vivacidad y riqueza. Ha «crecido» su poder descriptivo, pictórico, dándonos cuadros que en algunos instantes demuestran cierto afán de plasmar en las formas contornos humanos. Lo que describe, por ese afán, parece resumirse en su sentimiento estético en dos dimensiones igualmente válidas: la captación de lo desconocido y las vivas posibilidades de chilenidad que encierra el material que apresa. Sin duda le lleva ello a ensamblar lo que instituye en formas que pertenecen íntimamente a su sensibilidad; pero lo desarrolla todo con tanta posesión de tonos y en tan apasionada vehemencia de perdidas huellas de raza, que cada trazo termina por ser el «comienzo» de una nueva geografía literaria de Chile.

Deseo oírle: «Hemos penetrado ya en el Canal de la Moraleda y comienza a mostrarse el puño crispado de los cerros patagónicos. Empieza la soledad, el desierto líquido, la región adusta de ese valle central, de aguas alborotadas y de vientos afilados como agujas de nieve. Ya no tendremos otra compañía que el silencio ni otra perspectiva que la de un vasto laberinto de islas y canales que se bifurcan como las venas de un gigantesco cuerpo despedazado». No puede ser más vasta la soledad ni el «drama» que se comienza a adivinar. Empero, antes ha dicho usted que, «a pesar de las tormentas, el mar de estas islas es un mar casi humano», sin duda para certificar el fondo tremendo y los tumultuosos líquidos naturales y pasionales que es preciso beber si se desea avanzar. Todo será en adelante, a medida que se triunfa sobre la dificultad, descubrimiento y embriaguez, pero en presencia de lo que anota luego: «Hemos penetrado en la región

de los contrastes; en la región de los días sombríos y de las noches profundas de las tardes luminosas de sol, de los ventisqueros impresionantes y de las calmas insoportables». Y los cuadros se suceden ágiles, cortantes, fuertemente dulces o, como dice usted a propósito de los canales patagónicos, conformados por la naturaleza que es allí «agria y hostil».

Sin duda el «trabajo» fundamental que lleva a cabo en este nuevo libro suyo es el de «pintor». La pluma entera desenvuelve ese vigor plástico y exquisito a la vez, tomando el conjunto por los bravíos o típicos pormenores. Pero su facultad pictórica no es sólo en cuanto al elemento telúrico y estético, sino que se propone más firmes y vivaces captaciones a objeto de que la naturaleza se ajuste en su tono al valor racial y social. El artista, pues, se deleita y nos trasmite sus goces, pero mantiene bien abiertos los ojos para la crítica del terrible medio moral y social. Todo ello se amalgama dentro de su estilo varonil y consciente, que le permite vitalizar sus sentimientos por finos que sean.

Creo que «El hombre y la soledad en las tierras magallánicas» es, en cierta medida, una revelación de América para América. Teníamos, es verdad, la novela de Juan Marín, los relatos de Armando Braum, los trazos punzantes de «La tierra maldita», y algunos relatos fragmentarios; creo que el propio Elías Castelnuovo escribió alguno de sus viajes por ese mundo de pesadilla. Pero desde su libro parte un ciclo en torno al drama y el empuje épico magallánico como tema literario y alegato de la verdadera América. Por eso le decía antes que es una especie de inauguración de una nueva geografía literaria de Chile.

El camino que acaba de recorrer es fecundo y le pone a usted en franca tarea con su tierra. Es verdad que sus obras anteriores nacieron de la misma angustia y del mismo fervor. Empero, le encuentro ahora más auténticamente dueño de la avidez humana y, cosa que aumenta esa avidez, con los instrumentos totalmente afinados para organizar el paisaje vernáculo y los dra-

mas profundos que suele custodiar en muchas regiones de nuestra América.

He de ocuparme más ampliamente de su obra en publicaciones de mi país. Merece ser difundida e interpretada. Por ahora vaya mi enhorabuena y todo el compañerismo de quien le admira de verdad,

Mendoza, agosto de 1940.

RICARDO TUDELA.

#### CARTA SOBRE «LOS CUENTISTAS CHILENOS»

Señor Director:

Ante todo, agradeceré se sirva publicar, en su prestigiosa revista, la presente contestación, a la carta de don Raúl Silva Castro, aparecida en el número correspondiente a julio.

Debo advertir, en primer lugar, que soy enemigo de toda polémica, y sobre todo cuando no conduce a algo provechoso. Pero es interesante el problema planteado sobre cuál (Lastarria o Vallejo) es el iniciador del cuento en Chile. Y aun cuando el señor Silva Castro se explaye y se solace escribiendo 3 ó 4 páginas sobre una frase que no entiende, en vez de presentar argumentos más convincentes, me alegro de cuanto dice, porque se presenta de lleno con todos sus dones de literato y personales.

El señor Silva Castro no ve que pisa su propia sombra.

He visto que el autor de «Los Cuentistas Chilenos», se ha encontrado repetidas veces, con opiniones contrarias, y creemos que desagradables, ya sea sobre gramática, crítica o poesía. De ahí que una vez leída su carta, me extrañase que no se hubiera presentado en una forma hábil, pero usa cierta ironía con tintes amargos, que no alcanzan a molestar. Y tampoco se advierte maestría en esta materia. Pese al gusto que parece tener por